

DON DRAPER ALDESCUBIERTO

Cómo los demonios interiores de Jon Hamm le convirtieron en la mayor estrella de la televisión.

Por Josh Eells

FOTOGRAFÍA MARK SELIGER



VERANO DEL AMOR
"Don está lidiando con ese cambio sísmico en la cultura", dice Hamm, "y en cierto modo está fracasando".

JUEVES 9 DE LA MAÑANA,

Don Draper podría estar despegándose las sábanas, tal vez se encontraría mal tras otra noche de ahumarse los pulmones y beber suficiente [whisky] Canadian Club como para tumbar a un caballo, un paso más cerca de una inevitable enfermedad coronaria. O tal vez estaría ya en la oficina, engominado y recién afeitado, con una camisa tan blanca y almidonada que podría cortar como un folio, listo para otra exhibición de genialidad publicitaria. O puede que nos sorprendiera, como es costumbre en Draper, y se estuviera despertando en una mansión de Palm Springs o en la cama de una clienta o dado por muerto en un motel barato en cualquier lugar, el último giro en cinco temporadas que encierran, con altas dosis de imprevisibilidad, el espíritu

de una época, y que han hecho de Mad men una de las series más inteligentes, intensas e irresistibles de la tele.

Pero Jon Hamm no es Don Draper, al menos no del todo, no todo el tiempo. Y en este martes en concreto, Hamm está sentado en su porche delantero, con los ojos vivos y ataviado con una gorra de béisbol, una copia de Los Angeles Times sobre la rodilla, seguro de sí mismo y tranquilo como el rey de todo lo que ve, que en este instante es una coqueta calle lateral del enclave hipster de lujo Los Feliz.

“¡Buenos días!”, dice Hamm, mirando sobre la barandilla. “¡Sube!”. Tira el periódico y entra en casa, hablando en voz baja para no molestar a su pareja de los últimos 15 años, la guionista y actriz Jennifer Westfeldt, que yace enferma en cama junto a su perro mezcla de pastor, Cora. “¿Quieres algo antes de que salgamos? ¿Agua? ¿Café? Vamos a llevarnos algo para el camino”, dice, vaciando la cafetera en un par de tazas de viaje. Se pone sus zapatillas de tenis y gafas de sol estilo aviador, y abre la puerta principal. “¿Listo?”

En principio, íbamos a vernos dentro de dos días, para batear unas bolas en Burbank. A Hamm le gusta mucho el béisbol: creció jugando en St. Louis -como catcher- y todavía usa una gorra de los Cardinals [equipo de St. Louis] igual que Draper lleva un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta. Pero tuvimos que cambiar la cita: parece que olvidó que el sábado es el cumpleaños de Westfeldt. Así que propuso una excursión para esta mañana. “Creo que todas las partes quedarán más contentas”.

A Hamm no se le dan muy bien los cumpleaños. Una vez, hace años, le invitaron a la fiesta sorpresa de un amigo actor y casi la fastidió presentándose un mes antes. “Un mes, literalmente”, dice: “Me abrió la puerta en plan: ‘¿Qué haces aquí?’, y yo balbuceando mientras su mujer, detrás de él, hacía gestos de que no”. Unos años después le contó la historia al creador de Mad men, Matthew Weiner, que la metió en un guión. “Tomada de las páginas de mi propia vida de idiota”, señala Hamm.

Hamm sale a la calle y recorre una manzana hasta una escalera escondida que sube al

Griffith Park. Westfeldt y él llevan más diez años viviendo aquí y se conocen todos los secretos del barrio. “Ahí está la casa de Megan”, señala, refiriéndose a Fox, que apareció con la pareja en la película Friends with kids (2012). “Y January vive doblando la esquina”. Se refiere a Jones, que interpreta a su exmujer, Betty, en Mad men (“Si yo trabajara más días”, dice Jones, “compartiríamos coche hasta el rodaje”).

Hamm sube los escalones de dos en dos. Cuando llega al final, jadea un poco y pequeñas gotas de sudor pueblan su frente, así que para un minuto para recuperar el aliento. Todo en él parece demasiado grande: la mandíbula de granito, los hombros de estibador y, claro, su enorme cabeza talla XL (61 centímetros de diámetro). “Tengo la segunda cabeza más grande de todos los que han presentado Saturday night live”, explica. Y lo aclara: “Ben Affleck. Uau. Creía que tenía una buena cabeza hasta que le conocí. Que

cabrón. No me cites, pero estoy bastante seguro de que llega a los 65 cm”.

Pronto llegamos a un camino de tierra que lleva al Griffith Observatory. Hamm ha visto serpientes y coyotes aquí arriba, pero ahora mismo solo hay unas señoras asiáticas haciendo tai chi. Coronamos la colina, se quita las gafas y se vuelve para contemplar la vista, la mañana californiana color azul kodachrome. “No está mal, ¿eh?”.

Tratándose de metáforas, ésta no es de las peores: Hamm en la cima de una montaña, con Hollywood a sus pies, declarando que las cosas “no están mal”. Es bastante modesto, como suele ser la gente del Medio Oeste, pero puede que no haya un actor mejor en la tele actual. Tras cinco temporadas interpretando al antihéroe mujeriego y alcohólico Don Draper, se ha metido de forma tan metódica en su piel como para que Daniel Day-Lewis le piropee. Desde los días de Tony Soprano (para quien Weiner también escribió) no ha habido otra pareja actor/rol tan perfecta. Hamm hace uso de su mirada penetrante con tal moderación (“Nunca me van a dar un premio por sobreactuar”, dice) que es fácil minusvalorarle, como han hecho los Emmy durante cinco años. “Está en desventaja en su propia serie”, dice su amigo y compañero de reparto John Slattery, el jefe Roger Sterling. “No es un señor de la droga. No explota edificios, y día tras día le veo hacer cosas sutiles y maravillosas. La gente piensa que la mitad del tiempo no actúa”.

Y ahí está la pregunta que todo el mundo se hace: ¿Cuánto hay de Hamm en Draper? Según Hamm, no mucho. “Don es un personaje muy complicado, y yo soy una persona bastante complicada, pero ahí terminan los parecidos”. Y tiene su razón. Hamm es un bromista que ha estado magistral en Saturday night live, divertidísimo en La boda de mi mejor amiga y ha clavado el rol de novio de Liz Lemon en seis episodios de Rockefeller Plaza (Hamm hizo una audición para el papel de Jack Donaghy, pero dice que “Tina [Fey] estaba básicamente esperando a que Alec Baldwin le diera el sí”). Disfruta de juegos masculinos como el póker o la

“**PARTE DE LO QUE OCURRE CON DRAPER ES QUE HAMM ES IMPOSIBLE DE CONOCER**”

ANTERIOR PÁGINA: PRODUCCIÓN DE RUTH LEVY, DISEÑO DE THOMAS THURNAUER. PELUQUERÍA Y MAQUILLAJE DE LA MODELO POR GINA MONACI, USANDO CHANEL Y VOLUMINIZADOR DE SERGE NORMANT. CHAQUETA DE JON HAMM DE MR. KAY, CAMISA DE THANE TYCORA, PANTALONES DE MR. LEVY, ZAPATOS DE BROOKS BROTHERS.



liga fantástica de fútbol americano (el nombre de su equipo: Mizou Bizou Bizou) y de su equipo de béisbol amateur en el Valle, con los que bebe cerveza tras cada partido y le da igual si no puede eliminar a un padre de familia con sobrepeso. Le gusta usar jerga como "mi choza" (para su casa) y "te copio" (para OK). Y fue una defensa de fútbol americano entre los mejores de su estado, además de ser un loco de los videojuegos: no tanto los shooters en primera persona como los de fantasía, al estilo de su favorito, World of Warcraft.

Pero si le preguntas a Hamm qué tipo de personaje le gusta para jugar -un guerrero, un pícaro, ¿tal vez un malvado hechicero?- se pone serio de repente. "Nunca contestaría a eso".

Y es en este punto en el que la distinción entre Hamm y Draper empieza a difuminarse. Porque, sí, Jon Hamm es un hombre de 42 años que adora la Budweiser, a Wilco y jugar al Apalabrados. Pero también puede que haya un poco más de Draper dentro de sí de lo que le gustaría admitir.

escogido por Weiner en parte por su parecido con los rascacielos de los 50 de Park Avenue, como el edificio Seagram y la Lever House. El último trabajo de Hamm antes de ser actor a tiempo completo fue de camarero en un restaurante latino a tres manzanas. A veces incluso dejaba el coche en el parking del edificio. Ahora tiene una plaza mejor.

La mayoría de los miembros del reparto ya han llegado, y están esperando en una zona que llaman Campamento Base, un laberinto de tráileres con árboles en macetas y una barbacoa. Elisabeth Moss, que interpreta a la redactora Peggy Olson, está viendo vídeos de YouTube en un iPad, recuperándose aún de la gripe que se extendió la semana pasada. Hendricks, también conveciente de la gripe, está leyendo una biografía de [la periodista de moda] Diana Vreeland y haciendo punto. Jones está sentada en un sofá al sol cuando alguien detrás de ella suelta un eructo gigantesco. "¿Ha sido Rich?", pregunta sin volverse. Increíblemente. Lo era: Rich Som-

primus inter pares. Weiner discute los guiones con Hamm de una forma diferente a como lo hace con otros actores. Le llama "el presidente de la clase" y el "rey del baile". Paré dice que es más como el capitán del equipo. Moss señala que si hay algún problema, Hamm es la persona a la que acuden. "¿Quién mejor para sacarte las castañas del fuego que Don Draper?".

El reverso de eso es que no quieren decepcionarle. "Es como un padre", cuenta Moss: "No quieres hacerle esperar. No quieres cagarla. Se ve, especialmente en los chicos, que si se dan cuenta de que la están cagando, se ponen rojos. Porque todos quieren complacerle". Moss dice que incluso a Weiner le pasa lo de no querer decepcionar a Hamm. "Creo que incluso si tuviera el papel menos relevante de la serie eso seguiría ocurriendo", admite Weiner.

Hay algo sobre el tipo que se traduce en poder y respeto. Weiner, que creó a Draper, ve similares tendencias de macho alfa en

“LACORRELACIÓNENTREJONYDONESDEL100%,PEROPORSUERTEOCURRIENUNPLATÓWEINER”

"Matt escribe teniendo en cuenta lo que somos como personas", dice January Jones, "y pone mucho de Jon en Don. Su encanto. Sus vulnerabilidades. Sus defectos. Hay un aire de misterio en él, como, ¿de dónde ha salido? De repente es Don Draper y es una gran estrella. No voy a hablar por él, pero quizá tengan un pasado similar".

Weiner dice que Hamm prefiere que su vida privada siga siendo. "Somos amigos del trabajo", dice Weiner. "Quizá cuando acabe la serie nos vayamos de vacaciones juntos, pero hay una distancia, y no creo que sea malo. La mayoría de nosotros no lo entendemos: la mayoría somos strippers. Pero parte de lo que ocurre con ese personaje, Draper, es que el tipo, Hamm, es imposible de conocer".

Christina Hendricks, que es la secretaria que llega a socia Joan Harris, lleva trabajando con Hamm más de siete años. Dado que los rodajes ocupan 14 horas al día, es posible que pasen más tiempo juntos que separados. Y, sin embargo, Hendricks dice: "Conozco a Jon en el trabajo. No lo conozco muy bien".

"Por la manera en que lo dice Christina", dice Weiner, "se nota que sabe exactamente cómo es".

DE VUELTA EN SU CASA, HAMM SUBE A SU Mercedes C1563, coge la autopista 101 hacia el Sur y conduce hasta el complejo Center Studios del centro de Los Ángeles. Aquí está el cuartel general de Mad men, en el edificio que ocupaba la [desaparecida petrolera] Unocal,

mer, que hace del jefe del departamento de televisión Harry Crane. Jones se ríe: "Me conozco sus eructos".

Hace unas noches estuvimos en los premios Screen Actors Guild, que Hamm describe como "un poco locura". El reparto no ganó nada -"Ya nos hemos acostumbrado a ser damas de honor a estas alturas"- pero de todas formas salieron juntos después y algunos aún lo están pagando. "Demasiado vino tinto", dice Jessica Paré, la mujer de Don, Megan, escondiéndose tras un par de gafas de resaca. "Debería haber parado con esa botella de dos litros". Cuando llega Slattery, le engancha para disculparse por una agitada conversación de borrachera que tuvieron, él se ríe y le dice que no se preocupe.

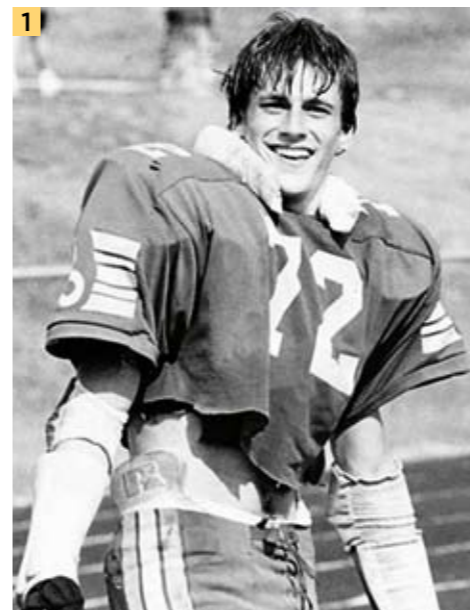
Hamm pasa cerca de Jones de camino a su tráiler y le aprieta ligeramente el hombro. "Hey, cielo", dice ella, sin mirar. Hamm entra para ponerse su "uniforme": camiseta interior blanca, hebilla del cinturón con sus iniciales, gemelos, corbata. Vuelve y ocupa su sitio en la mesa, frente a una libreta de espiral llena de páginas y más páginas de marcadores: los resultados de su interminable torneo de dominó. Pregunto quién es el campeón actual, y Hamm se apunta a sí mismo: "Creo que soy yo".

Hamm es lo que se conoce en el set como "el número uno en la orden del día". Esto es verdad en sentido literal, en el sentido de que su nombre figura al principio, y también se refiere al lugar especial que ocupa como

ambos: "Jon puede ser silencioso de una manera poderosa. Y tiene su genio, lo cual es una sorpresa, porque habitualmente es encantador. Le ha dado una intensidad al personaje que yo no esperaba. Por ejemplo, yo no sabía que Don iba a obtener tanto placer de dominar a sus enemigos. Pero eso fue cosa de Jon, y vale su peso en oro. No sé si eso proviene de sus relaciones en la vida real, pero sí sé que cuando su personaje y el de Vinnie [Kartheiser, Pete Campbell en la serie] estaban peleando, Jon era capaz de jugar dentro y fuera del terreno de juego".

Kartheiser, que interpreta al intrigante ejecutivo de cuentas Pete Campbell, tiene una historia de cuando ganó a Hamm al dominó tres veces seguidas. Después, Hamm le destrozó, ganándole metódicamente durante toda una semana. "Es un competidor sin compasión", dice Weiner. "Mejor no verle perder. No creo que haya tirado una mesa nunca, pero si alguien cercano le gana, está muerto para él hasta que le derrota".

Hamm estuvo sudando tinta 10 años en L.A. hasta que consiguió el papel definitivo. Trabajó en catering, de camarero y durante un tiempo como atrezzista en rodajes de porno blando. Una de sus agencias lo despidió porque no consiguió un solo papel en tres años. Después interpretó a soldados y bomberos genéricos, y a policías guapos ("algún día encontraremos fotos viejas suyas con jerseys de cuello vuelto y nos reiremos de él", dice Moss). Pero llegó Mad men y Don



El mejor antihéroe americano
(1) Hamm durante su último año en el instituto, como parte del equipo de fútbol americano, en St. Louis, 1989. (2) En el encuentro de leyendas y celebridades de las Ligas Mayores de béisbol en Anaheim, California, 2010. (3) En una proyección de *Friends with kids* en Nueva York en 2012 con su pareja, Jennifer Westfeldt.



Draper, momento en el cual el aprendiz de 36 años llamado Jon Hamm se transformó en Jon Hamm.

"Supongo que tiene que ver con darlo todo, todo el tiempo", dice Hamm. "No creo en hacer las cosas por mecánica o hacer el tonto. No dejo nada en el depósito, porque creo que si ganas, es una victoria legítima, y si no, sabes que necesitas hacerlo mejor. Pero si lo evitas, ¿qué aprendes? Es la peor excusa: 'No lo intenté en serio'. Una polla. Sí lo intentaste. Pero perdiste".

QUITA EL PELO, 15 CM. DE ALTURA Y LA habilidad de permanecer callado durante más de 15 segundos y hay algo draperesco en Matthew Weiner. Por ejemplo, su servil entrega al secretismo. En una época de teasers y spoilers, Weiner disfruta dejando a los espectadores en la ignorancia. En parte para preservar el valor comercial de la serie para la cadena, pero sobre todo para divertirse. "Le mata cuando se filtra algo", dice Moss. "La vez que iTunes colgó un episodio antes de tiempo parecía que estaba pensando en suicidarse". No es que sea controlador, se apresura a puntualizar Moss: "Es que quiere que todo el mundo disfrute de la serie de la for-

ma en que se debe hacer". Se para a considerar lo que ha dicho. "Aunque eso suena bastante controlador...".

Weiner dice que hay consecuencias si un actor filtra partes del argumento. "Firman un documento legal. Tuvimos un problema una vez y hubo denuncia. No voy a hablar de ello".

Slattery bromea que si Weiner pudiera lo haría todo él. Weiner está de acuerdo. "¿Has levantado las manos del volante alguna vez mientras conduces?", dice Weiner. "Yo siento como que la serie es un coche y debo conducirlo. Igual eso dice mucho de mí, pero tengo miedo, sea racional o no, a que si me relajo la serie vaya a ser mala".

En este momento de Mad men, estamos ya a fondo en el final de los 60, cuando el suelo bajo EE UU está empezando a temblar. La quinta temporada acabó en la primavera de 1967. En el horizonte, el 'verano del amor', las manifestaciones antibélicas ante la Casa Blanca, los disturbios racistas, [la masacre de] My Lai, el asesinato de Martin Luther King, el de Robert Kennedy y la Convención Demócrata de 1968. En otras palabras, un país que se cae a pedazos.

Weiner ve paralelismos con la situación actual. "Estamos en un momento de caída de la autoestima en esta cultura", dice. "Hay

una visión de lo que somos -el país más poderoso del mundo, la tierra de las oportunidades, la tierra de la tolerancia- y con todo hay una revolución. Hay una desigualdad pavorosa, una injusticia pavorosa. Hay como una falta de conexión entre la manera en que pensamos que somos, y luego nos miramos en el espejo y queremos vomitar".

Weiner dice que en esta temporada Don sufrirá a lo grande esa desconexión. "Dick Whitman [nombre de nacimiento de Draper] es un niño no deseado, un niño del que abusan, un cobarde, un oportunista y, en cierta forma, un criminal. Y Don Draper es guapo, tiene éxito y es, incluso cuando muestra debilidad, un tiburón. ¿Qué hará entonces ese tío cuando vea que la persona que lleva dentro no llega a sus estándares? ¿Se puede hacer algo o simplemente le pone enfermo?".

Una de las mejores cosas de Mad men es la manera en que mira de reojo a nuestra cultura. Weiner, que dice creer en "la naturaleza cíclica del tiempo", dice que es algo intencional. "Seguimos cometiendo los mismos errores. Por ejemplo, no puedes tomar un año entre 1960 y 1980 y que no esté lleno de violencia con armas. Y nadie ha hecho una mierda. Lo lógico es pensar que la violencia de las armas se vería afectada por el hecho de que dispararan a un presidente en la cabeza. Sería lógico pensar que después de que un marine cogiera un rifle y matara a 45 personas se habría hecho algo. Pero no". Al final, dice Weiner, "vivimos en un estado de ansiedad. Y esta temporada va a tener niveles más altos de intensidad".

JOHNNY!", DICE HAMM, "¿DÓNDE ESTÁ MI BEBIDA?". Está en el plató, a punto de rodar una escena en la oficina. Está gritando a Slattery, que dirige el episodio. La mayoría llaman a Slattery "Slatts", para distinguirlo de Hamm. Pero Hamm es más flexible: "Le llamo John, le llamo Slatty, le llamo Carapolla. Somos bastante informales".

Entrar en el plató de Mad men es algo un poco desconcertante, como salir de una máquina del tiempo que no funciona del todo bien. Los detalles de época son perfectos: los teléfonos de rueda con los nombres en la base (Don: k15-0126), los cigarrillos de hierbas liados a mano como réplicas perfectas de Old Golds, L&M y Kent; las botellas de falso whisky que Johnny Youngblood, ayudante de atrezo, ha tardado horas en colorear con el marrón adecuado (seis gotas de colorante alimentario para el Glenlivet, 12 para el Jack Daniel's). Pero también hay un tablón de anuncios con una porra de la Super Bowl, y entre tomas todo el mundo está con sus móviles ("Ese fue el mayor cambio entre la tercera y la cuarta temporada", cuenta Hendricks: "Todo el mundo llamaba más a su agente"). Tenlo en cuenta la próxima vez que veas Mad men: Don Draper puede llevar un iPhone en el bolsillo.

Hamm no tiene que hacer demasiado en esta escena: entra en el despacho llevando un whisky y pronuncia una docena de palabras. Pero hay un momento en el que debe reaccionar a lo que dice otro personaje, y lo hace de una manera tan irónica y con un tono tan perfecto que es imposible imaginar a nadie más que lo haga tan bien. Puede sonar a tautología, pero Hamm es el perfecto Don Draper.

“No es nada fácil lo que hace”, opina Moss. “Está ahí sentado con una copa y un cigarrillo, sin hacer nada, y no puedes dejar de mirarle. Eso no lo puede hacer todo el mundo”. Slattery dice que quiso interpretar a Draper, pero Weiner le dijo que ya tenían al actor adecuado. Estuvo fastidiado hasta el primer día de rodaje, cuando se dio cuenta: “Uau, sí que tienen al actor adecuado”.

Si la gente responde a Hamm es en parte porque es como una vuelta atrás en el tiem-

coz de un caballo. Hamm también perdió a sus padres joven. Su madre murió de cáncer abdominal cuando tenía 10 años, y su padre de diabetes una década después. Hamm fue a terapia y durante un tiempo tomó antidepresivos, pero por lo demás curó su dolor con un estoicismo típico del Medio Oeste.

Hamm cuenta a menudo cómo Draper está en parte inspirado por su padre, un sociable viajante y pequeño empresario que Hamm conoció tarde, cuando ya estaba derrotado por la vida. Hay un momento en la tercera temporada en el que Draper, borracho, está conduciendo y tira el vaso vacío por la ventanilla. Dice Hamm que es algo “tomado de mi propia vida. Volviendo a casa tras mi undécimo cumpleaños, ya estaba acabado. Incluso en 1982 era como: ‘venga, tío, no soy un exper-

NEO-NOIR
Hamm y Weiner en el set: “Esta temporada tendrá niveles más altos de intensidad”.



po, un adulto. Cuando Mad men empezó a emitirse, la mayoría de las estrellas de Hollywood eran o bien del tipo hombre-niño de Apatow o villanos gilipollas de la variedad Bradley Cooper. “Que nuestro héroe tuviera un molde tan clásico era fascinante y misterioso”, dice Weiner: “¿Dónde ha estado este tío? ¿Lo construyeron en un laboratorio? Le pusimos a Jon un traje y le cortamos el pelo y pasó de ser ese tipo de novio muy contemporáneo a Gregory Peck. Despedía ciertas vibraciones, la encarnación física de la confianza. La gente veía autoridad, glamour. Extrañamente, muchos vieron a sus padres”.

Hay una famosa historia -que Hamm piensa que es apócrifa- que cuenta cómo, después de que acabara su primera audición, Weiner se volvió al resto de los presentes en la sala y declaró: “Este hombre no fue criado por sus padres”. Supuestamente esto le hacía perfecto para el huérfano Draper, cuya madre murió al darle a luz y cuyo padre borracho murió por la

to en leyes, pero eso no puede estar bien”. Hamm dice que hace la comparación a menudo “porque es fácil”, pero también porque desvía la conversación de su propia vida.

Hamm es capaz de acceder a partes de Draper -una especie de confianza en sí mismo mezclada con odio a sí mismo- que parece salida a la luz desde algún lugar profundo. “Hay cierta desesperación, unida al miedo a morir y el miedo a acabar siendo irrelevante, a perder lo que sea que tienes”, dice. “Está lidiando con ese cambio sísmico en la cultura, y en cierto modo está fracasando. ¿Qué me pasará si nadie quiere contratarme como actor? Ninguno de los dos somos más jóvenes cada día. Es lo que se vio en Don cuando Betty le abandonó, estaba destrozado. Dice: ‘Me sorprende que me hayas amado alguna vez’, porque se odia tanto a sí mismo, no se cree merecedor de ello”.

Weiner piensa que interpretar a Draper le ha dado a Hamm una salida para temas que

de otra manera no hubiera abordado. “A ninguno de nosotros nos atrajo el negocio del espectáculo porque tuviéramos estabilidad”, dice Weiner. “La humildad de Jon no es una afectación, es porque en lo más profundo, como cualquiera en este trabajo, hay mucha duda y mucha historia que le gustaría reescribir. Que él pueda exorcizar sus demonios en este entorno ficticio, aunque sea doloroso, es un regalo. La correlación entre Jon y Don Draper llega al 100 %. Pero, afortunadamente para nosotros, ocurre en un plató con una red de salvamento, y podemos decir ‘corten”.

Hamm, y no resulta sorprendente, está en desacuerdo con este análisis. “Matt es muy intuitivo e inteligente, y su trabajo consiste en ser un observador de la naturaleza humana”, dice, “pero nunca he visto el oficio de actor como una terapia. No es un profundo ejercicio psicológico. No me siento a pensar en la muerte de mi madre y me pongo triste. A no ser que todo el mundo vea algo que yo no veo”. Se ríe. “Pero, sinceramente, no creo que exorcize demonios de la misma forma en que lo hace Matt. O sea, yo no escribo los guiones”.

Si hay algo en lo que uno podría pensar que Hamm siente absoluta seguridad es sobre su aspecto. Uno de sus primeros papeles llegó en Ally McBeal como “tipo guapo en un bar”, y cuando apareció en Rockefeller Plaza, Liz Lemon le comparó con un príncipe de Disney. (Entretanto, Kiernan Shipka, la niña de 13 años que hace de Sally, hija de Don, recuerda que la gente le preguntaba: “¿Es tan guapo en persona como en la tele?”. “Eh, tengo 8 años, ¿sabes?”). Pero, según Moss, que conoce a Hamm tanto como cualquier otra persona de la serie, realmente no piensa que sea guapo.

“A ver, por supuesto que él va a decir eso”, cree Moss, “pero creo que de verdad no lo pillas. Yo le digo: ‘¿Estás loco?’. Pero es una de esas personas guapas, inteligentes, divertidas y con talento, y yo no sé si él acaba de darse cuenta. Por lo cual hay que dar gracias a Dios: si se diera cuenta de lo genial que es sería un puto gilipollas”.

UNAS SEMANAS MÁS TARDE, HAMM ESTÁ EN un bar de su barrio viendo el partido de hockey sobre hielo entre sus St. Louis Blues y los L.A. Kings. Viste vaqueros y una gorra retro, pidiendo tercios de Bud a una camarera a la que llama “cielo” (puede que Hamm sea el único hombre en Hollywood menor de 50 años que resulta creíble llamando a una camarera “cielo”). Tras la segunda cerveza, le llama y pide una ración de alitas crujientes, no muy picantes. “¿Y otra ronda?”, pregunta ella.

“¿Por qué no?”, dice Hamm. “Somos adultos”.

Hamm lleva bebiendo en este bar con cinco diferentes dueños. Nadie le molesta, lo que puede ser parte de la razón por la que le gusta. Los paparazzi saben dónde viven, y a veces le

FOTO: MICHAEL YARISH/AMC

OPINIÓN

EllargoviajedonDraper hacia la oscuridad

PorRobSheffield

HAY UNA PELÍCULA DE CINE NEGRO DE segunda de los 50 [Odio y orgullo, 1951] en la que Robert Mitchum y Ava Gardner hacen de amantes ilícitos en Nueva Orleans. Cuando se reúnen a medianoche en un cementerio, Mitchum le pregunta: “¿Estás sola?”, y Gardner contesta: “¿No lo estamos todos?”. Gran réplica, Jack Nicholson la robó para Chinatown. Pero en el final de Mad men Don Draper no tuvo ni que dar esa réplica. Acabó sentado en un taburete de bar, contemplando a una misteriosa extraña con cara de angustia, y se ve lo solo que está. Ahí nos quedamos con la quinta temporada de Mad men. La nueva temporada comienza con un generoso episodio de dos horas, escrito por su creador, Matthew Weiner, y en él los solitarios siguen siendo multitud. La misma pregunta -“¿Estás solo?”- aún acecha a Don Draper, y sin contar demasiado de los nuevos capítulos, basta con decir que no está solo sintiéndose solo. Tras tres asombrosas temporadas seguidas, hay algo definitivo: Mad men es el mejor drama televisivo de la historia, sin competidores cercanos. Mad men es para la televisión como El padrino fue para el

cine: un épico recorrido por las más profundas fantasías americanas, las trampas más mortales, las estafas más oscuras. Como Francis Ford Coppola, Weiner ha poblado su reparto con una galería de buscavidas gloriosamente defectuosos cuya mayor maldición es creerse sus propias mentiras. Incluso en una edad de oro -de las películas en los 70, de la tele en los 2010- no tiene competidores. La nueva temporada continúa con el mismo nivel de brutalidad emocional, a medida que Sterling Cooper Draper Pryce se dirige hacia un futuro incierto. Si eres fan, se te puede perdonar por fantasear con que el primer capítulo empieza con Lane despertándose, dándose la vuelta y diciéndole a Joan: “Cielo, he tenido un sueño horrible” (lo siento, no os hagáis ilusiones). Mad men suele inaugurar cada temporada con unas cuantas conmociones: Don contrata a una prostituta para que le pegue, Don y Megan tienen sexo sucio en el suelo, Don le lleva a su hija un broche de la azafata a la que se acaba de tirar (¡auch!). Ésta no es una excepción. Digamos que el recién descubierto interés de Don por Dante tiene mucho sentido: El infierno es un poema sobre un hombre que se pierde en un bosque, hacia la mitad del viaje de su vida, y acaba explorando el infierno. Dante sale de él al final. A Don aún le queda un trecho.

esperan escondidos para fotografiarle a él y a Westfeldt cuando pasean al perro o van a cenar. Últimamente han estado tomando fotos con mucho zoom de, bueno, su masculinidad, que tiene un gran seguimiento en internet. “Sí, soy consciente”, dice sombríamente Hamm. “La mayor parte es en plan broma, pero es un poco grosero. Tiene que ver con una libertad que la gente piensa que tienen, cierta lascivia. Se les llama ‘partes íntimas’ por algo. Llevo pantalones, joder. Dejarme en paz. Vamos, no es que sea un puto minero, hay trabajos peores en el mundo. Pero cuando la gente siente que tiene la libertad de crear cuentas de Tumblr sobre mi polla, me parece que no se trataba de eso”. Toma otro sorbo de Bud. “Pero bueno, supongo que es mejor que llamar la atención por lo contrario”.

Solo queda una temporada más de Mad men después de esta, y el reparto ya está empezando a pensar en lo siguiente. Slattery

quiere dirigir, tal vez actuar en alguna obra. Hendricks también quiere volver al teatro. Jones bromea con que se va a mudar a Nuevo México para ser diseñadora de joyas. Y Kartheiser parece deprimido: “Probablemente no vuelva a trabajar nunca más”, dice: “De verdad. No pasa nada”. En cuanto a Hamm, el consenso es que puede hacer lo que le dé la gana. Este verano rodará una gran producción de Disney sobre béisbol, como un Moneyball de buen rollo en India, su primer papel protagonista. Para él el modelo sería alguien como George Clooney, que también se dio a conocer en una serie de televisión a los treinta y tantos. Hamm dice que también le gusta Jeff Bridges: “Parece hacerlo todo bien”.

En retrospectiva, la última temporada de Mad men fue una especie de alegoría de la propia serie. A medida que la agencia fue teniendo más éxito, el trabajo amenaza con

envenenar sus vidas. Al final de la temporada, Draper trató de convencer a unos ejecutivos de Dow Chemical con grandes dosis de cinismo, incluso tratándose de él. “Sois felices porque tenéis éxito, por ahora”, gruñó, “pero ¿qué es la felicidad? Es el momento previo a necesitar más felicidad”.

“Jon se podría haber vuelto majara con lo que le ha ocurrido”, opina Weiner. “Hay cierto sufrimiento en el éxito, y eso se refleja en la serie. El éxito es solitario. La lucha ha acabado, pero no te lo crees. Quieres comer a dos carrillos. De acuerdo, Jon nunca hizo lo que Don hizo. Pero que me aspen si no lo pensó”.

De vuelta en el bar, suena I got you babe en la máquina de discos y eso me recuerda preguntarle qué está haciendo Westfeldt. Justo entonces, Hamm levanta la cabeza. “Hablando del rey de Roma”, dice. Como por arte y obra de magia, entra Westfeldt, muy chic, y se sienta en el taburete de al lado. Le da un beso a Hamm en la mejilla.

“Acabo de ver al cachorro”, le dice a Hamm. “Unos amigos nuestros tienen un cachorro nuevo, un golden retriever. Como de unos cuatro meses”.

“Es tan mono”, dice Hamm.

HAMM DICE QUE INTENTA NO LLEVARSE A Draper a casa. “Pero te afecta psicológicamente. Recuerdo hablar con James Gandolfini al final de Los Soprano, y lo emocionalmente exhausto que estaba. Es agotador, ser tan malo durante tanto tiempo”. También como Gandolfini, Hamm es consciente de que una vez que das vida a un personaje tan icónico, que ha tenido tal resonancia en la psique norteamericana, puede ser difícil hacerlo olvidar. “Por eso he enfocado mi carrera como un constante alejamiento de Don Draper. El mujeriego, el casanova... ya lo hemos visto. No necesito ser ese tío otra vez”.

“¿Y Jon es tan versátil!”, dice Westfeldt. “Un buen actor de comedia”. Acaricia la espalda de Hamm. “Puedes hacer lo que quieras”.

“No puedo hacer nada”, dice Hamm.

“Puedes hacer muchas cosas”.

Hamm sonríe. “Puedo hacer más de una cosa”.

Los dos se tienen que ir a cenar, así que Hamm se excusa para ir al baño. Westfeldt aprovecha la oportunidad para hablar sobre Hamm. Después de 15 años, cree que le conoce bastante bien, pero comprende que otra gente no. “Hay algo de la vieja escuela en él. Su gente más cercana siempre ha sido su gente más cercana. Los conoció en el colegio, en el instituto, a unos cuantos en la universidad. Y eso me parece adorable. No sé si tengo algún secreto que contarte, no hay secretos”.

Justo entonces Hamm vuelve del baño. “Oh, sí hay secretos”, dice sonriendo. “pero van a seguir siendo secretos”. Luego se pone su gorra, toma la mano de Westfeldt y salen a la noche. ☺